



VIRGINIE LOVELING

CHARLOTTE

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

VIRGINIE LOVELING

CHARLOTTE

Era una familia peculiar: vivían en una gran granja al oeste de Flandes Oriental. De aquella las fincas de arrendamiento eran difíciles de conseguir, tan difíciles, que una vez una propietaria que tenía una finca para alquilar, llegó a tener treinta y cinco peticiones en dos semanas.

La mayor de las hermanas estaba casada, ¡a eso se llamaba un contratiempo! El padre y la madre habían consentido a que la joven pareja se quedara en la casa durante unos meses, hasta el día de Navidad, que sería cuando se mudarían a una granja de los alrededores, que les había sido prometida; pero en ese tiempo murió el propietario y la finca se vendió a un alto precio y el propio comprador se fue a vivir a ella. De esta manera se quedaron a vivir en casa de los padres; en vano buscaron otros lugares, aquí y allá: había siempre demasiados interesados. No encontraron nada. Esta situación duraba ya dieciséis años, y lo más grave era que los habitantes de la casa aumentaban cada año. Los antiguos miembros y las otras dos hermanas fueron apartados literalmente por la nueva familia que había surgido. Charlotte se llamaba la segunda y Kaatje la menor.

Charlotte también esperaba por una finca para casarse, pero su caso era diferente: su prometido, Domien Bultinck vivía en casa de su tío; que era rico y dejaría a su sobrino todo, su tío se lo había prometido si Domien se quería quedar con él hasta su muerte, y Domien permaneció con él. Domien tenía cariño a su tío y veía la finca, que algún día heredaría, quizá con mejores ojos. Esperaba con esmero y paciencia y así también hacía Charlotte. Se querían desde hacía ya veintitrés años, desde el tiempo en que Domien fue a vivir a casa de su tío. Charlotte tenía ahora cuarenta y dos años y Domien cuarenta y cuatro. Kaatje tenía treinta y nueve. No había tenido nunca relaciones. Era de las tres la que tenía una apariencia más amable: algo pálida para ser una campesina, pero con facciones regulares y una buena personalidad. Charlotte era flaca con un rostro amplio y rojo, con unos maxilares saltones, boca grande, labios gruesos, barbilla metida y ojos pequeños, azules y honrados: un conjunto que hacía pensar en algunos grabados de tribus salvajes de Nueva Caledonia o de no sé qué exótica raza. Por su postura daba la impresión de ser una esclava. Marie, la hija casada, era como descarnada: casi un esqueleto; no tenía ningún diente en la boca y la cara llena de arrugas. Florus, su marido, era de pelo y ojos castaños, de hombros anchos y lleno de ganas de vivir. Los padres eran ya muy ancianos. Al padre no le importaba nada, era sordo y estaba sentado en una esquina, como pasmado en medio de los hijos y de los nietos.

Cuando uno entraba en la casa, los veía por todas partes: el pequeño estaba en la cuna; otro gateaba en el suelo; Kaatje estaba de pie con uno en los brazos, ya que a veces eran tres, los

que no podían andar, Charlotte estaba sentada con uno enfermo en el regazo; otros dos o más se quedaban mirando boquiabiertos, los mayores estaban en catequesis. Esto sucedía los domingos, durante la semana los adultos tenían su trabajo y se interesaban poco por los pequeños. La matriarca de toda la familia daba la bienvenida a los invitados; tenía pelo mohoso y una piel como enmohecida y unos ojos muy pálidos; era también flaca y un poco encorvada. Tan pronto como abría la boca, Marie, la hija casada, le arrebatava la palabra. Ella contaba lo que la madre querría contar, o mejoraba lo que había dicho. Charlotte y Kaatje hablaban poco o nada.

Marie contaba sobre el batido de la leche, la fabricación de la mantequilla, el dar de comer a los animales; de sus salidas al mercado, cualquiera habría dicho que ella lo hacía todo: – Ella es buena en hablar y dejar el trabajo para los demás– me dijo una vez en el huerto la abuela, cuidando a su alrededor, de que nadie la pudiera oír –ella es buena para ir al mercado, cuando Serlotte o Ka han dispuesto la mercadería– y suspiraba.

¿Qué puede contestar uno ante una queja parecida?

–¿No sabes de nada para arrendar? – preguntó de nuevo – no tiene que ser por aquí cerca aunque fuera en los alrededores, mismo a una o dos horas de aquí, es una carga con todos estos niños, cada uno en su casa y Dios en la de todos que es lo que yo digo.

–Señora, es una suerte, que sean niños buenos y callados– contesté yo para complacerla, aunque en realidad eran ruidosos y maleducados.

–Son muchachos como los otros, lo mismo– dijo ella. Mis palabras no tuvieron poder suficiente para convencerla.

–Me gusta verlos– mejoró ella –y para mí no son nada, todavía no soy tan vieja (contaba setenta y nueve años), pero para padre, que tiene casi noventa– y ella sacudía la cabeza.

–¿Cuándo se casa Charlotte?– pregunté yo para cambiar de tema.

–¡Sabe Dios! Domien no puede pensar en casarse, mientras que su tío esté allí, y ése se ve tan bien como cualquiera. Ahora, no por ello el hombre tiene que morir, todos queremos vivir– dijo ella inclinando la cabeza. – Pero si Merie pudiera conseguir una "propiedad", no importa donde, nos vendría tan bien a nosotros, ¡uf!, es una cosa, aquí con todos los niños; ¡nadie se lo puede creer hasta que no lo ha probado! y cada vez vienen más.

La verdad era que, los recién casados, ahora no se interesaban por ninguna finca y ninguna otra querían: –Padre y madre son ancianos, no van a vivir mucho más, Serlotte se casará, Ka puede quedarse como sirvienta– dijo Florus –porque hemos de arrendar otro sitio a un alto precio, si aquí podemos tener, con algo de paciencia, la granja más bonita del mundo.

Su mujer estaba de acuerdo: – Por mí, padre y madre no tienen que morir– dijo ella a su vez –todos queremos vivir, pero seríamos necios si dejáramos caer esto en manos extrañas.

–¿Y quién trabajaría la tierra y cómo estarían los establos si no hubiera quien estuviera al mando?– prosiguió Florus –sabes que, tu madre no lo cree, pero si estuviera sola con tu padre y sus dos hijas, se habrían espantado como gallinas.

Había algo de verdad en lo que expresaba de una manera campesina.

Domien, el prometido de Charlotte, venía todos los domingos. Se sentaba en la cocina, en medio de la agitación de los niños hasta cerca de la noche, entonces Charlotte lo conducía hasta la valla; allí ambos se quedaban hablando un rato; tan pronto como se alejaba el joven, gritaba algunas palabras, retrocedía a veces unos pasos hacia ella, a la que quería inalterablemente desde hacía años, y se iba finalmente y de una vez por todas, y Charlotte volvía a casa para retomar sus grilletes de esclava durante una semana.

Una vez que nosotros fuimos, el anciano padre había tenido un ataque de apoplejía; Charlotte estaba de pie, callada, lloraba junto a la cama y le tapó, levantándole la cabeza, le llevó un vaso a los labios; Marie tenía la palabra y contó, como le había sucedido. Los chillidos de los niños y el pataleo de zuecos eran considerables.

¿Qué si a él le molestaban?

No, él no los oía, pretendía ella.

Estaba tumbado, mirándonos, tenía un aspecto inflamado, aunque parecía no sufrir. La anciana mujer entró y se estrujaba las manos, escondiéndose detrás de la cortina del alcance de las miradas de su marido.

–No se entristezca, todavía puede sanar– le susurrábamos nosotros de manera consoladora.

Y se curó, por supuesto de manera parcial. Su salud volvió, aunque eso fue todo; puesto que todavía permaneció unos años paralizado en su rincón, al lado de la estufa, rodeado de pequeños que jugaban y se peleaban, o, cuando era verano, en el jardín al sol: parecía indiferente a todo lo que sucedía a su alrededor.

El viejo Bultinck murió de repente. Domien vino por la tarde; en la granja ya lo sabían. Él llevaba la ropa de los domingos, estaba muy triste y suspiraba. Marie contó muchas historias sobre muertes repentinas; Charlotte no hablaba, sin embargo, sus ojos estaban más vívidos de lo habitual.

Llevó a su prometido hasta la valla, pero esta vez no estuvieron de pie hablando. Ya que ella volvió enseguida.

–Ahora te podrás casar– dijo Marie, contenta con la esperanza de ver menos gente –la espera ha durado demasiado.

–No para mí o para Domien– dijo Charlotte con un ligero tono de reproche.

Ella fue a la cuadra con un cubo de ordeño. El toque de muerto sonaba desagradable a lo lejos:

"¡Toque triunfal!" pensó Charlotte involuntariamente y permaneció durante un momento de pie, después dirigió rápidamente al huerto reprimiendo su disposición despierta y casi alegre con violencia como si fuera un sentimiento criminal.

Vinieron a pedir la carreta para transportar al muerto, Charlotte fue también al servicio con su cofia ante los ojos, ella vio como volvían a la hermosa finca, ahora suya, donde nunca había puesto un pie, y en la que a partir de ahora viviría.

Domien vino unos días después. Se habló sobre la boda.

–El domingo se leerán las amonestaciones– propuso Marie.

–No, no, tan pronto no– dijo Charlotte.

–No, el domingo no– dijo Domien– una oración para el tío y leer nuestras amonestaciones el mismo día, ¡sería una vergüenza!.

Fueron a la ciudad para comprar el vestido de boda, Kaatje se quedó en casa con su madre y los niños, Marie fue también. Ella escogió las telas y llevó la voz cantante en las tiendas. En el camino de vuelta, Charlotte se quejó de que no se encontraba bien.

–No está acostumbrada a salir– dijo Marie –mejorará en cuanto duerma–. Domien la miró de reajo, preocupado; "tiene un aspecto raro" pensó.

Por la mañana recibió la noticia de que Charlotte estaba muy mal; por la noche había vomitado sangre. No podía hablar y tenía que estar tumbada inmóvil en la cama. Vino, las lágrimas brotaban de sus ojos; cogió su mano, que estaba extendida sobre las mantas y se sentó al lado de la cama; él creía que ella iba a morir. Ella permaneció en la misma cama de la alcoba principal, la cama de las visitas, donde el padre estuvo acostado cuando tuvo la apoplejía.

–¡Oh! ¡Si al menos nos hubiéramos casado!, estarías por lo menos tumbada en mi casa, en tu casa– exclamó Domien abnegado y cariñoso.

Charlotte lo observó con agradecimiento y aflicción.

–Calla, calla, nada de rumores– dijo Marie, que estaba con un niño en los brazos que se quejaba y que para calmarlo, comenzó a caminar a saltitos por toda la habitación.

–¡Charlotte mía, mi buena hija!– se lamentaba su madre.

Pasaron unos días.

La enferma se repuso un tanto.

–Se cura– dijo Marie –podría casarse casi ahora.

–¡Oh!, él no la va a querer ya– decían los vecinos entre ellos.

Pero Domien seguro de que quería, venía todas las tardes. ¡Charlotte estaba siempre tan contenta de verlo!.

–Casémonos– decía él –podemos hacernos transportar a la iglesia, si no puedes ir a pie, estarás en mi casa más tranquila y mejor cuidada, yo mismo cuidaré de ti.

–¡Una campesina enferma en una granja! ¿Qué cosas dices?– dijo Charlotte.

–Habría por lo menos un ojo que atendiera, ahora no hay nadie que vigile a los sirvientes, si yo estoy fuera– le dijo para convencerla.

–Espera un poco– contestó ella entonces.

Y Domien esperó.

¡Le tenía a ella tanto afecto!, ¿no se daba cuenta de que se estaba muriendo?, ¿no se percataba, como los demás, de que los ojos se le habían hundido profundamente en las cuencas, de que amarilleaba el color de la frente y de alrededor de la boca, de que el ardiente rubor de las mejillas había cambiado en un tejido de fibras rojas y de que sus movimientos se habían vuelto lentos? O era su eterno cariño por ella, suficientemente grande para que se le pasara por alto todo, para tomarla como esposa a ella que él había escogido cuando era joven y, a sus ojos, atractiva, ahora que era vieja, endeble y enferma, ¡lo más horrible para un campesino!.

Eso parecía.

Cuando hacía buen tiempo, Charlotte y su padre estaban en el tablado, sentados a sendos lados de la puerta principal, que estaba abierta. El anciano indiferente a todo, la hija con pesadumbre porque veía a las desyerbadoras en el campo y los establos en los que ella no podía ya más cuidar del ganado. Observó sus manos: se habían suavizado y emblanquecido, ahora que no podían trabajar más.

Los niños, los más pequeños, estaban de pie o gateaban en la hierba delante de ella; a veces, con esfuerzo cogía a uno u otro en el regazo y lo mimaba, o retomaba la calceta, con la que ella sus dedos rígidos, acostumbrados a labores rudas, sin embargo, lentamente podía mover.

Domien suspiraba. Su finca no podía permanecer sin una mujer, decía él a la madre y a Marie. Las sirvientas sólo hacen la mitad del trabajo, los sirvientes no se ocupan de nada, cuando él no estaba. Veía la ruina ante sus ojos.

Hacía ya casi un año de que su tío había muerto.

–Serlotte– pidió el otra vez –¿Por qué rehusas venir?.

–Porque estoy enferma– dijo ella, triste, mirando ante sí.

–También lo estás aquí.

–No me gano el pan que como.

–¿Temes que te lo vaya a reprochar alguna vez?.

–No, pero no quiero ser un estorbo para ti, Domien, he trabajado para todos ellos, tanto tiempo como pude, ahora tienen que mantenerme también enferma– suspiró ella.

Bultinck suspiró igualmente. Ella estaba muy débil aquella tarde para acompañarlo afuera y la conversación tuvo lugar al lado de la puerta. ¿Los habría escuchado Marie? Ella estaba de pie en la valla esperándolo.

–Domien– dijo –ves bien, que con Serlotte no hay que esperar mejorías.

–Es un triste asunto– contestó él sacudiendo la cabeza.

–Créeme, Domien, una finca sin granjera es un barco sin timón: permanecer soltero te es imposible, toma a otra por esposa.

Miró con sorpresa y desagrado:

–Merie, Merie, ¿qué te has creído? ¡yo, dejar a Serlotte!– exclamó.

–Tú no eres el que la abandona– dijo en tono lisonjero a su vez –sino que es ella la que ni quiere, ni puede, Domien.

Él se quedó pensativo.

–¿Y a quién se lo pediría, Merie, quién podría sustituir a Serlotte en mi casa?– dijo él con lágrimas en su voz.

–Ka– sonó en tono seco desde la boca de la mujer y furtivamente observaba para examinar el efecto que habían hecho sus palabras.

–Ka– dijo él, juntando las manos –¡Ka!.

Él le deseó las buenas noches y se marchó. Ella le dejó ir; ése había sido el primer paso hacia lo que deseaba.

Dijo algo sobre ello a su madre: Domien le había confiado, aseguraba ella, que ahora que Serlotte no podía ser su mujer, quería casarse con Ka en su lugar.

–¡Ka!– repitió la madre –¡Ka!– con la misma extrañeza y con más satisfacción que Domien.

–Ka es una granjera de primera– dijo Marie, que nunca antes la había elogiado.

Domien se había vuelto muy pensativo y todas las tardes estaba con Marie en la valla. Ella hablaba a cada momento de Kaatje alabándola.

–¡Sí, pero Serlotte!– objetó él contra ella –será el golpe mortal para ella.

–¡Qué quieres decir!. Al contrario, ella se preocupa por el gobierno de tu casa, más de lo que tú te puedas imaginar.

–Sí, Ka es honesta– dijo él... –Si no fuera por Serlotte... – comenzó a decir entonces.

–¿Me dejas interceder a mí?– preguntó una vez Marie.

Y él contestó –Sí.

Daba verdadera lástima; su granja se venía a tierra sin Charlotte, y con ella como mujer, no sería mejor... Además, ella no quería. Sí, Ka, sería la única solución, pero ¡qué amargura para Serlotte!

–Ella vería más peligroso que te casaras con otra que no fuera su hermana– dijo una vez Marie.

Dejó que ella interfiriera. Ella quería a toda costa quitarse de encima a Ka, ahora que sus propias hijas eran suficientemente mayores como para ayudarla. Fue directamente al párroco, le dijo que Domien se casaría con la hermana más joven en lugar de con la mayor, que estaba enferma y le pidió que lo anunciara.

El párroco fue a casa, se quedó en la habitación a solas con Charlotte; permaneció mucho tiempo con ella. Marie miraba por la rendija de la cortina de la ventana; ella vio a su hermana palidecer, golpearse con la mano la frente, rodarle lágrimas por las mejillas; oía la voz predicante del eclesiástico, pero no entendía sus palabras.

–Todo está preparado– dijo él cuando salió afuera –Charlotte se ha resignado; Francisca se casa en su lugar, tan pronto como sea posible; solo Bultinck no vendrá más hasta el día de la boda: será lo mejor para la tranquilidad de todos.

Él no volvió más; caminaba en su huerto como un infeliz, cabizbajo, decían los criados.

Charlotte no hablaba de ello con los otros habitantes de la casa. Kaatje parecía contenta. Las telas reservadas para el vestido de boda fueron adaptadas a su medida.

El día de la boda se presentó. Los niños estaban con sus mejores vestidos; el padre y la madre habían dado su autorización a través de un acta de notario, porque no podían ir al ayuntamiento debido a su elevada edad y a su invalidez; Charlotte se lavó también para dar la bienvenida a los esposos, cuando volvieran de la iglesia; llevaba unos puños tejidos en blanco y se había puesto una bonita cofia blanca.

Parecía algo mejor, o era lo que dejaba ver para no entristecer a los otros.

Domien inclinó la cabeza, cuando la volvió a ver: parecía avergonzado o triste. Ella habló en tono amable y le dijo: "Felicidades".

Se sentaron a la mesa. La madre caminaba a veces; Marie tenía la palabra; el padre parecía no comprender qué sucedía.

Charlotte abandonó la sala en ese momento y fue a tumbarse a la cama; oyó uncir el carro, que tenía que transportar a los recién casados; temía la despedida: ¿Podría guardar la calma?.

Pero... oyó: "Dios os guarde" y "¡Buen viaje!" y gritos: "¡Kaatje! ¡Adiós Kaatje!" y "¡Adiós Domien!" de los niños, porque ellos no la llamaban "tía" y a él le conocían demasiado como para llamarlo "tío", y la carroza se marchó.

Que ellos se hubieran marchado de esta manera no lo había sospechado Charlotte. Se sintió primeramente iluminada: hay aparentes desatenciones, las cuales surgen de la delicadeza, que no aumentan el daño. Sí, mejor así, estaba agradecida a Domien y a su hermana; pero ahora que se habían marchado y que oía los niños que volvían, se le desbordó el corazón, el dolor se embuchó en su cuello, apretó ambos puños y golpeó la pared con ellos hasta hacerlos sangrar.

La hija mayor de Marie acudió:

–¿Qué sucede, Serlotte?– preguntó ella con miedo.

Ella había tenido tiempo para recuperarse, o al menos suficiente como para poder hablar comprensiblemente:

–He llamado a golpes– dijo ella –porque aquí hay corriente, cierra esta ventana, por favor, mi niña.

Habían brotado con premura flores, precursoras de la primavera, eufóricas por vivir y por gozar: la campanilla blanca, la agrimonia, la flor del peral. Florecen antes que cualquier otra, mueren y se pudren, todavía honra el verde de los retoños del seto. Por compensación, hay algunas que no se pueden poner en flor ni durante el sol de mayo ni durante el bochorno veraniego; están y esperan: sus brotes se desarrollan muy despacio, apenas visibles entre las puntas de las oscuras hojas. – Septiembre viene y se va, octubre aparece; las rosas se marchitan; la amarilla frondosidad cae de los árboles revoloteando; el invierno se acerca, noviembre está allí – ¡el áster otoñal florece con sus miles de coronas de flores!.

Así también Kaatje. En sus años jóvenes, mientras que las otras de su edad amaban, se casaban, envejecían o morían, sus días discurrían monótonos y sin cambios; parecía que su destino era cuidar los hijos de su hermana, trabajar, obedecer a su padre, a su madre y a Marie; si los otros hablaban, ella se callaba; mientras que los otros corazones latían, el suyo estaba silencioso, latente; ella no había esperado nada, no había anhelado nada, no había contado con nada. De repente era llamada a la conciencia de sí misma a la autonomía: la vieja sirvienta se había convertido en una mujer joven. Estaba al mando de una finca, ¡su propia finca!. Tenía criados que la obedecían; disponía de dinero; tenía responsabilidades. Su marido no la veía, como sucedía en casa, como una subordinada, sino que la miraba como una igual; pedía su consejo y su opinión para todo lo concerniente a la finca y le daba cuentas a ella de las compras y gastos.

Adquirió confianza en sí misma y se sentía radiante de felicidad. Ella, la callada modesta, no paraba nunca de hablar cuando venía a casa. Marie había sido sobrepasada, ¡ahora tenía Kaatje la palabra!. Domien parecía al principio cohibido o al menos más modesto que ella: se le veía satisfecho y estaba silencioso y amistoso con Charlotte. Jamás hablaba de su mujer cuando ésta no estaba presente. Kaatje por el contrario tenía siempre su nombre de su marido en los labios.

Cuando un exuberante brote retoña de la tierra, supera rápidamente al tronco medio seco y teje sus ramas y sus hojas hacia todos los lados, sin preocuparse de lo que hay entorno a él o si al viejo tronco le quedará suficiente aire o luz. Kaatje estaba animada y llena de ganas de vivir; Kaatje había rejuvenecido y embellecido; Kaatje se había vuelto terrible, no por enfado sino por egoísmo.

Charlotte le deseaba tanta felicidad. Le deseaba lo mismo a Domien; pero todavía no había olvidado que ella le había fallado, ni de lo que hubo en el pasado...

El tiempo pasado no contaba, sin embargo, para su hermana, para ella solo el presente parecía existir, y hablaba de su bienestar, de Domien, de su carácter, de sus cualidades y de sus peculiaridades, las cuales Charlotte no había conocido nunca:

–Tengo un buen hombre–dijo ella –si hubiera tenido que escoger entre diez o veinte, no podría haber deseado uno mejor.

Entonces Charlotte se inclinaba.

–No bebe, no vuelve tarde a casa, es honrado. No se atrevería a vender ningún ternero sin preguntarme, si yo lo apruebo. Todo lo que hago está bien, falta la primera vez que me haya dicho algo.

Marie y su madre la tenían en mayor estima, desde que era granjera. Charlotte se alegraba en el fondo de su corazón del buen resultado de la boda... ¡pero si Kaatje se callara!... Temía la visita de su hermana: el ambiente de la prosperidad ajena no es benéfico para los desgraciados; estaba a veces triste, otras veces furiosa con Kaatje, que a través del sonido de su felicidad invocaba el malo aunque humano sentimiento: La envidia despertó en ella.

–Yo no quiero– se decía a sí misma –no quiero volverme una envidiosa–. Pero la tentación era grande, y Charlotte sufría infinitamente. Ella buscaba comparaciones: le parecía que Kaatje atravesaba su corazón con una espina, entonces se imaginaba que ese corazón estaba en una fuente y que Kaatje lo atravesaba despiadadamente con un cuchillo. Su enfermedad y las aflicciones de su cuerpo alternaban con los pensamientos que la atormentaban.

El nacimiento de un hijo aumentó todavía la prosperidad de los consortes.

–¿Qué tal le va ahora a Serlotte?– preguntaban a veces en el mercado o en otro sitio a Florus.

–¡Oh! mal– respondía él con una sombra de remordimiento, que su fresca jovialidad pronto vencía. –La rama caerá ante el árbol– predecía él. —La madre enferma, el padre muy anciano y Serlotte... despacio se acerca al agujero... Por mí que no mueran– añadió él.

Kaatje insistió en que Charlotte la fuera una vez a visitar y a ver la finca; Charlotte no había estado todavía allí; y había dado a entender que no llegaría hasta tan lejos. Ahora era la siega, se freirían gofres², decididamente tenía que venir ahora con Marie y su madre, y allá fue, la pobre enferma.

¡Qué agradable finca! ¡Qué casa más comfortable! ¡Qué rico huerto! ¡Qué niño más cariñoso era el pequeño de Kaatje! Felicidad y prosperidad, al lado de decadencia y enfermedad...

Los armarios con la blanquería se abrieron y se mostraron los establos. Después tuvieron que comer gofres. Charlotte no tenía ganas de comer.

–Mi comida me sabe a azúcar– alardeó Kaatje.

–Se te nota bien– dijo allí mismo una vecina presente. –Estás colorada como una guinda. ¡Son éstos tus hombros!– exclamó con admiración poniendo una mano sobre otra.

Kaatje se reía de satisfacción, a carcajadas y se subió la manga. Estaba orgullosa de su brazo rollizo, que mostraba bromeando y con manifiesta satisfacción de sí. –Charlotte estaba sentada con los brazos cruzados y las articulaciones del codo apoyadas en las manos.

–Tengo salud como para vender– dijo Kaatje.

–¿No me lamentaré más tarde de haber fallado a Domien?– se había preguntado Charlotte, cuando el joven hombre, al que había amado tantos años, había hecho uso de todas las tentativas para casarse con ella a pesar de su enfermedad y dio semejantes pruebas de abnegación, mientras que ella lo rechazó con una abnegación todavía mayor. –Nunca– había dicho incluso entonces, –nunca, no importa lo que suceda... él unido a una mujer enferma, le perjudicaría, y nunca, ¿me oyes?– había obedecido a su propio corazón, –¡te arrepentirías!...

Y ahora Kaatje en el desenfreno de su felicidad utilizaba tal horrible lenguaje, ahora que Charlotte veía la finca, la casa, todo lo que podría haber sido de su propiedad, ahora venía la diabólica pregunta: "¿No te arrepientes?" entró de nuevo y se mareaba pues el "sí, sí" resonaba cada vez más fuerte desde su alma...

En esto entró Domien en la cocina; se quedó de pie al lado de la cuna, veía a su hijo que dormía, con una tan entrañable expresión de amor paternal y de satisfacción silenciosa, que la bondad hizo una entrada triunfal en el corazón de Charlotte y el impetuoso "sí, sí" cambió en un subyugado e insatisfecho de sí mismo "no, no".

El invierno del año 1879 fue un invierno terrible; arrastró a la tumba a muchos enfermos, entre ellos Charlotte. El padre vivió un par de semanas más que ella; la madre murió en marzo.

–No eran demasiados, todos queremos vivir– dijo Marie; sin embargo, los lugares vacíos fueron ocupados enseguida por los que quedaron...

¿O acaso los tres ausentes también hubieran venido si les estuviera permitido?

fin

Este libro ha sido traducido y digitalizado por la voluntaria Lorena Diez Cazón.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

